

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. ¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis! (Lc 6, 21.25)

Bienaventurados los que lloran (están afligidos), porque ellos serán consolados (παρακληθησονται). (Mt 5, 5)

Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sión, nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares. Hasta los gentiles decían: «El Señor ha estado grande con ellos». El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres. Recoge, Señor, a nuestros cautivos como los torrentes del Negueb. Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares. Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas. (Sal 126, 1-6)

Antes de adentrarme en el comentario de la bienaventuranza de los lloran, de los afligidos, haré una pequeña introducción. Su finalidad es mostrar la senda de la alegría, fruto del Espíritu Santo, el Paráclito, el Consolador y Abogado. Así, en mi opinión, se comprende mejor la paradoja presente en las bienaventuranzas del reino de Dios.

La ideología incapacita para comprender y vivir la paradoja divina. «La ideología de la felicidad» no entiende que sean bienaventurados los que ahora lloran y que el Señor se lamenta por los que ahora ríen. Con frecuencia escucho decir: el Señor nos ha hecho para ser felices y vivir alegres. Yo también lo creo. Pero reflexionamos poco sobre el sentido y camino de la verdadera alegría. Se aíslan los textos bíblicos y de una verdad parcial, la ideología hace un absoluto, sin tener en cuenta la totalidad de la palabra de Dios. Veamos algunos testimonios sacados de la Escritura, ellos nos permitirán bucear en la riqueza de la bienaventuranza de los que lloran y son consolados.

Jesús, en su discurso de despedida y testamento a la comunidad de discípulos reunida en el cenáculo, habla de dicha y alegría en cinco momentos. Después del lavatorio de los pies dice a los discípulos que se sirvan unos a otros desde el último lugar, como él ha hecho con ellos, para añadir a continuación: «Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica». (Jn 13, 17) Ante su partida inminente los discípulos están tristes. Jesús les dice: «Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo». (14, 28) Todo lo que él ha dicho a los discípulos es para su alegría: «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud». (15, 11) En la oración sacerdotal, Jesús ora al Padre: «Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría cumplida». (17, 13) Pero la alegría anunciada no elimina que los discípulos serán víctimas del odio del mundo y experimentarán la tristeza. Jesús insiste: el discípulo no puede ser mayor que el Maestro: si él fue odiado y experimentó el rechazo y la persecución, el camino del discípulo no puede ser diferente. He aquí la auténtica alegría pascual.

En verdad, en verdad os digo: vosotros lloraréis y os lamentaréis, mientras el mundo estará alegre; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero, en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre. También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría. Ese día no me preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa. (Jn 16, 20-24)

Los apóstoles sólo comprendieron lo dicho por el Maestro después de la venida del Espíritu Santo sobre ellos. No olvidemos, por otra parte, que la alegría es un bien mesiánico, verdadero fruto del Espíritu Santo (cf. Gal 5, 22). En los Hechos, los apóstoles vivirán en el Espíritu contentos, sin miedo, los ultrajes por el Señor:

Ellos, pues, salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquel ultraje por el Nombre. Ningún día dejaban de enseñar, en el templo y por las casas, anunciando la buena noticia acerca del Mesías Jesús. (Hch 5, 41-42)

El apóstol de la gentes, en la carta a los colosenses, invita a la comunidad *a soportar con paciencia, magnanimidad y alegría las pruebas de la vida*. Y con ella comparte su alegría en medio de los sufrimientos inherentes de la misión, esto es, de llevar «a plenitud la palabra de Dios».

Por eso también nosotros, desde que nos enteramos, no dejamos de orar por vosotros y de pedir que consigáis un conocimiento perfecto de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual. De esa manera vuestra conducta será digna del Señor, agradándole en todo; fructificando en toda obra buena, y creciendo en el conocimiento de Dios, fortalecidos plenamente según el poder de su gloria para soportar todo con paciencia y magnanimidad, con alegría, dando gracias a Dios Padre, que os ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. (Col 1, 9-12)

Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado servidor, conforme al encargo que me ha sido encomendado en orden a vosotros: llevar a plenitud la palabra de Dios, el misterio escondido desde siglos y generaciones y revelado ahora a sus santos, a quienes Dios ha querido dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria. Nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para presentarlos a todos perfectos en Cristo. Por este motivo luché denodadamente con su fuerza, que actúa poderosamente en mí. (Col 1, 24-29)

Todavía un texto. Pablo recuerda a la comunidad de Tesalónica cómo al inicio acogieron el Evangelio con la alegría del Espíritu en medio de una gran tribulación.

Bien sabemos, hermanos amados de Dios, que él os ha elegido, pues cuando os anuncié nuestro evangelio, no fue solo de palabra, sino también con la fuerza del Espíritu Santo y con plena convicción. Sabéis cómo nos comportamos entre vosotros para vuestro bien. Y vosotros seguisteis nuestro ejemplo y el del Señor, acogiendo la Palabra en medio de una gran tribulación, con la alegría del Espíritu Santo. Así llegasteis a ser un modelo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya. (1Tes 1, 4-7)

I.- EL SENTIDO DE LA BIENAVENTURANZA EN LUCAS Y MATEO

Al tratar de comprender la bienaventuranza de los que ahora lloran y el lamento por los que ahora ríen, no olvidemos esta verdad: Jesús vino a dar plenitud a la Ley y los Profetas de la alianza. Esto quiere decir que la dicha o desgracia se han de comprender y vivir en la luz de la historia de la salvación.

El profeta Isaías anunció la intervención futura y definitiva de Dios en favor de Israel y de todos los pueblos. Escuchemos este mensaje de paz y consuelo.

Preparará el Señor del universo para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera; manjares exquisitos, vinos refinados. Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el lienzo extendido sobre todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre. Dios, el Señor, enjugará las lágrimas de todos los rostros, y alejará del país el oprobio de su pueblo —lo ha dicho el Señor—. Aquel día se dirá: «Aquí está nuestro Dios. Esperábamos en él y nos ha salvado. Este es el Señor en quien esperamos. Celebremos y gocemos con su salvación... (Is 25, 6-9)

Y un poco más adelante, el profeta exhorta al pueblo a confiar en la intervención pronta de Dios en su favor, de modo que Israel no tendrá que llorar:

Pueblo de Sión, que habitas en Jerusalén, no tendrás que llorar, se apiadará de ti al oír tu gemido: apenas te oiga, te responderá. Aunque el Señor te diera el pan de la angustia y el agua de la opresión ya no se esconderá tu Maestro, tus ojos verán a tu Maestro. Si te desvías a la derecha o a la izquierda, tus oídos oirán una palabra a tus espaldas que te dice: «Este es el camino, camina por él». (Is 30, 19-20)

La oración del salmista está sostenida y animada por la fe en la intervención salvadora de Dios, por la experiencia del éxodo y el exilio. «Te ensalzaré, Señor, porque me has librado y no has dejado que mis enemigos se rían de mí... al atardecer nos visita el llanto; por la mañana, el júbilo... Cambiaste mi luto en danzas, me desataste el sayal y me has vestido de fiesta; te cantaré mi alma sin callarse. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre». (Sal 30, 2.6.12-13) En el «nosotros» del salmista, conviene notarlo, se expresa el pueblo pobre y oprimido. (En la religión de tipo psicológico e individualista se olvida el «nosotros» y de ahí la desafección, incluso entre gente piadosa, hacia los salmos; olvidando que los salmos son palabra de Dios. Prefieren el agua de las cisternas al agua viva.)

Según el mundo, las lágrimas caracterizan a los desgraciados y el reír felices; y de forma superficial se suelen equiparar a los pobres con los desgraciados y a los ricos con los felices. ¡Es un espejismo! Ahora bien, como la totalidad del evangelio según san Lucas lo muestra, la dicha o la desgracia de la comunidad de los discípulos se ha de comprender y vivir a la luz del Salvador. No estamos ante el simple consuelo de los melancólicos o de las víctimas de la injusticia social, que serían resarcidas en la otra vida, como parecen indicar ciertos espiritualismos. Las bienaventuranzas evocan la consolación de los que animados por el Espíritu esperan «la consolación de Israel», la «salvación de Israel», como el anciano Simeón, hombre justo y piadoso, como el pueblo creyente que ha puesto toda su confianza en el Señor. (Lc 2, 25; Is 40, 1; 51, 12; 61, 2)

En san Mateo, el término griego que traducimos por «los que lloran», «los afligidos», significa literalmente, según algunos traductores, «los que están en duelo». El término es frecuente en los salmos, para mover y conmover a Dios, a intervenir en favor del pueblo oprimido. Hacen memoria del éxodo y el exilio. Dios observó como los egipcios trataban a los israelitas y decidió intervenir para liberarlo y conducirlo a la tierra prometida. Ante la situación del exilio, el profeta había anunciado la intervención de Dios en estos términos:

«Consolad, consolad a mi pueblo —dice vuestro Dios—; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble paga por sus pecados». (Is 40, 1-2)

Dios hace pasar «al pueblo» de la muerte a la vida, del duelo al consuelo, del llanto a la alegría. Insisto: la perspectiva es comunitaria y personal, no individualista. El paso de la muerte a la vida es obra del Dios fiel y justo. Este paso acontece ya en cierto modo en la

historia, de acuerdo con los tiempos y caminos del designio salvador de Dios. La fe apostólica cree que la intervención decisiva de Dios tuvo ya lugar en la Pascua del Hijo enviado en la condición del Siervo; y ahora espera su pleno cumplimiento en el retorno glorioso de su Señor. Las bienaventuranzas vividas en la fe y esperanza se convierten en una fuerza para transfigurar la historia según el designio salvador de Dios. La vida nueva ya ha comenzado y la vivimos yendo al encuentro de su plena manifestación.

II.- LÁGRIMAS Y CONSUELO DE JESÚS

Los evangelios relatan las lágrimas de Jesús y también su profunda alegría, tanto en medio de sus éxitos como de sus decepciones misioneras. Entre gritos y lágrimas, como dice la carta a los hebreos, aprendió la obediencia filial. «Y llevado a su consumación, se convirtió, para todos los que le obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec». (Heb 5, 7-10)

El nacimiento de Jesús fue motivo de alegría para el pueblo (cf. Lc 2, 10); pero también motivo de llanto, pues su presencia desencadenó la ira de Herodes y la matanza de los inocentes, cumpliéndose así lo dicho por el profeta Jeremías: «Un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes; es Raquel que llora por sus hijos y rehúsa el consuelo, porque ya no viven». (Mt 2, 18)

Jesús lloró por su ciudad, ya que no supo reconocer el tiempo de la visita salvadora de Dios en su persona. Israel no supo discernir (cf. Lc 12, 54-56). Jesús amó a su pueblo y lloró por la suerte futura de este.

Al acercarse y ver la ciudad, lloró sobre ella, mientras decía: «¿Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán, apretarán el cerco de todos lados, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el tiempo de tu visita». (Lc 19, 41-44)

Pero a pesar de su sufrimiento y lamento ante el rechazo de su generación (cf. Mt 11, 16-24 par), Jesús da gracias al Padre por haberse revelado a los pequeños.

En aquel momento tomó la palabra Jesús y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera». (Mt 11, 25-30)

La alegría de Jesús es desbordante cuando el anuncio del reino de Dios por sus discípulos es acogido y produce sus frutos de vida y liberación:

En aquella hora, se llenó de alegría en el Espíritu Santo y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». Y, volviéndose a sus discípulos, les dijo aparte: «¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que

muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron». (Lc 10, 21-24)

De camino hacia el Calvario, Jesús se volvió hacia las plañideras y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: “Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado». (Lc 23, 28-29) Jesús no está centrado en sí mismo, sino en el futuro de su pueblo.

Jesús se conmovió en sus entrañas y lloró junto con las hermanas de Lázaro (Dios ayuda) y los judíos que las acompañaban. El comentario de los judíos ante las lágrimas de Jesús es muy significativo: «¡Cómo lo quería!». No sólo lloró, sino que dio gracias al Padre que siempre lo escucha y reanimó el cadáver de su amigo.

Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, se conmovió en su espíritu, se estremeció y preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¡Cómo lo quería!». Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que este muriera?». Jesús, conmovido de nuevo en su interior, llegó a la tumba. Era una cavidad cubierta con una losa. Dijo Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días». Jesús le replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?». Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar». (Jn 11, 33-44)

La reacción de Jesús ante la muerte del hijo único de la viuda de Naín muestra sus entrañas de compasión. «Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo: “No llores”. Y acercándose al ataúd, lo tocó... el muerto se incorporó y empezó a hablar, y se lo entregó a su madre». (Lc 7, 11-17) En la casa de Jairo, a los que lloraban la muerte de su hija, les dijo: «No lloréis, porque no ha muerto, sino que está dormida». (Lc 8, 52) Y a la pecadora que «llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas...», le dijo: «Tu fe te ha salvado, vete en paz». (Lc 7, 36-50) Jesús ofrece su consuelo a los que lloran y llora con ellos.

Las lágrimas de Pedro después de haberlo negado son muy significativas. Lágrimas de conversión al oír el canto del gallo según el anuncio de Jesús y, ante todo, su mirada.

Y enseguida, estando todavía él hablando, cantó un gallo. El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: «Antes de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces». Y, saliendo afuera, lloró amargamente. (Lc 22, 60-62) Pedro se acordó de aquellas palabras de Jesús: «Antes de que cante el gallo me negarás tres veces». Y saliendo afuera, lloró amargamente. (Mt 26, 75; Mc 14, 72)

Jesús resucitado sale al encuentro de los suyos y troca en gozo, alegría y paz la tristeza en que se hallaban sumergidos. María Magdalena lloraba en busca del cuerpo de Jesús. Él sale a su encuentro, pronuncia su nombre y la vida de aquella mujer cambió para siempre. Enviada por el Viviente, corrió en busca de los hermanos para comunicarles la Nueva y mensaje del Resucitado. Estando los discípulos con las puertas cerradas por miedo a los judíos, Jesús se hizo presente en medio de ellos, les ofreció la paz, les mostró sus manos llagadas y su costado abierto; y los discípulos se alegraron al verlo. Sopló sobre ellos y los envió en misión dándoles el Espíritu. (cf. Jn 20, 11ss) La paz y alegría, característica de los

tiempos mesiánicos, se cumplen ya en la historia. Acontece de forma sorprendente y definitiva. El hombre nuevo es ya una realidad. El soplo del Resucitado sobre los discípulos evoca una nueva creación. Es un nuevo comienzo de la humanidad. El Mesías pobre es en realidad el Mesías de los pobres. Y los discípulos, equipados con el Espíritu de la verdad y santidad, avanzarán por los caminos de la misión con alegría y parresía en medio de pruebas y persecuciones, anunciando la Pascua del Señor hasta que vuelva.

III.- LÁGRIMAS Y CONSUELO DE LA COMUNIDAD APOSTÓLICA

A sus discípulos, como enseñan los evangelios, Jesús les anunció persecuciones y pruebas en la misión. Y así aconteció, como lo confirman los Hechos de los Apóstol y el resto de los escritos del Nuevo Testamento. Pero no es menos cierto, que el anuncio del Evangelio de la gracia era vivido, con gozo y alegría, en medio de la persecución.

Los Hechos recuerdan la alegría de la comunidad apostólica de formas diferentes. «Con perseverancia acudían a diario el templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando». (Hch 2, 46-47) Los apóstoles, como ya indiqué vivieron contentos sufrir ultrajes por el Nombre. La persecución servía para anunciar el evangelio y contagiar la alegría:

Los que habían sido dispersados iban de un lugar a otro anunciando la Buena Nueva de la Palabra. Felipe bajó a la ciudad de Samaría y les predicaba a Cristo. El gentío unánimemente escuchaba con atención lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los signos que hacía, y los estaban viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos lanzando gritos, y muchos paralíticos y lisiados se curaban. La ciudad se llenó de alegría. (8, 4-8)

Felipe, llevado por el Espíritu, evangelizó y bautizó al eunuco, el cual «siguió su camino lleno de alegría». (8, 39) Los gentiles se alegraban con el anuncio de la Buena Nueva del Evangelio. Cuando Pablo y Bernabé fueron expulsados de la ciudad, sacudieron el polvo de los pies y se marcharon, comenta Lucas: «Los discípulos, por su parte, quedaban llenos de alegría y de Espíritu Santo». (13, 52) Los éxitos en la misión de Pablo y Bernabé causaban «gran alegría a todos los hermanos», a pesar de las dificultades creadas por los que querían imponer la circuncisión a los venidos de la gentilidad. En una palabra, la alegría del Espíritu no está reñida con las pruebas y las dificultades. El Apóstol escribía a la comunidad de Roma: «Que la esperanza os mantenga alegres; manteneos firmes en la tribulación, sed asiduos en la oración; compartid las necesidades de los santos; practicad la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, sí, no maldigáis. Alegraos con los que están alegres: llorad con los que lloran». (Rom 12, 12-14) A la comunidad de Tesalónica los animaba a vivir la gozosa esperanza con estas palabras:

Que el mismo Señor nuestro, Jesucristo, y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado y nos ha regalado un consuelo eterno y una esperanza dichosa, consuele vuestros corazones y os dé fuerza para toda clase de palabras y obras buenas. (2Tes 2, 16-17)

En esta perspectiva, quiero añadir todavía la exhortación de la carta de Santiago a una comunidad que pasaba por no pocas pruebas y dificultades. El apóstol la invita a una esperanza activa, a resistir con paciencia, sabiéndose dichosos.

Por tanto, hermanos, esperad con paciencia hasta la venida del Señor. Mirad: el labrador aguarda el fruto precioso de la tierra, esperando con paciencia hasta que recibe la lluvia temprana y la tardía. Esperad con paciencia también vosotros, y fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca. Hermanos, no os quejéis los unos de los otros, para que no seáis condenados; mirad: el juez está ya a las puertas. Hermanos, tomad como modelo de resistencia y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor; mirad: nosotros proclamamos dichosos a los que tuvieron paciencia. Habéis oído hablar de la paciencia de Job y ya sabéis el final que le concedió el Señor, porque el Señor es compasivo y misericordioso. (Sant 5, 7-11)

Para terminar este punto de la meditación, recordemos la experiencia del apóstol Pablo. La tristeza y el consuelo se encuentran en su corazón. El apóstol, enviado por Jesús, se sentía llamado a compartir sus gritos, lágrimas y alegría en el Espíritu.

Pablo enseña que hay una tristeza según Dios y una tristeza que aleja de Dios. Por su parte, vivía una gran tristeza y un dolor incesante del corazón ante la situación de su pueblo, que seguía rechazando la salvación. El verdadero apóstol llora y sufre como lloró y sufrió Jesús ante la ciudad impenitente.

Digo la verdad en Cristo, no miento —mi conciencia me atestigua que es así, en el Espíritu Santo—: siento una gran tristeza y un dolor incesante en mi corazón; pues desearía ser yo mismo un proscrito, alejado de Cristo, por el bien de mis hermanos, los de mi raza según la carne: ellos son israelitas y a ellos pertenecen el don de la filiación adoptiva, la gloria, las alianzas, el don de la ley, el culto y las promesas; suyos son los patriarcas y de ellos procede el Cristo, según la carne; el cual está por encima de todo, Dios bendito por los siglos. Amén. (Rom 9, 1-5)

En la segunda carta a los corintios, Pablo distingue entre la tristeza de este mundo que lleva a la muerte, y la tristeza vivida según Dios que produce arrepentimiento decisivo y saludable. No olvidemos que Jesús vivió también la tristeza en Getsemaní. El consuelo y alegría del apóstol brota de la tristeza que hizo posible la conversión de la comunidad.

En efecto, cuando llegamos a Macedonia no tuvimos ningún sosiego, sino tribulaciones de toda clase: luchas por fuera, temores por dentro. Pero el Dios que consuela a los afligidos, nos consoló con la llegada de Tito; y no sólo con su llegada, sino además con el consuelo que él había encontrado entre vosotros; nos comunicó vuestra añoranza, vuestro llanto, vuestro afán por mí, lo cual me alegró todavía más. Porque, si os contristé con mi carta, no me arrepiento; y si entonces lo sentí —pues veo que aquella carta os entristeció, aunque por poco tiempo—, ahora me alegro, no porque os hubierais entristecido, sino porque vuestra tristeza os llevó al arrepentimiento; pues os entristecisteis como Dios quiere, de modo que de parte nuestra no habéis sufrido ningún perjuicio. Efectivamente, la tristeza vivida como Dios quiere produce arrepentimiento decisivo y saludable; en cambio, la tristeza de este mundo lleva a la muerte. Pues mirad cuántas cosas ha producido entre vosotros el haberos entristecido según Dios: ¡qué interés y qué excusas, qué indignación y qué respeto, qué añoranza, qué afecto y qué escarmiento! Habéis mostrado en todo que sois inocentes en este asunto. De hecho, si os escribí no fue pensando en el ofensor ni en el ofendido, sino para que se pusiera de manifiesto entre vosotros ante Dios vuestro interés por nosotros. Esto es lo que nos ha consolado.

Además de este consuelo, nos alegró enormemente la alegría de Tito, cuyo espíritu se tranquilizó gracias a todos vosotros. Porque, si en algo me he gloriado de vosotros ante él, no he quedado avergonzado. Todo lo contrario, así como os he hablado siempre con verdad, de igual modo nuestro orgullo con Tito se ha mostrado también verdadero. Además, su cariño por vosotros ha aumentado al recordar la obediencia que manifestasteis todos vosotros y la piadosa reverencia con que lo recibisteis. Me alegra porque cuento con vosotros en todo. (2Cor 7, 5-16)

La experiencia del apóstol y de la comunidad apostólica recuerdan así que son ahora bienaventurados los que lloran porque ya gozan del consuelo del Señor al ver cómo prevalece la conversión y la fe en unos y otros.

IV.- EL TESTIMONIO DE LOS CONSAGRADOS EN LA SECULARIDAD

Los pioneros de los Institutos Seculares, entre otros movimientos eclesiales, animados por el Espíritu de la verdad y santidad, contribuyeron a desarrollar una nueva sensibilidad de la Iglesia en relación con el mundo y, por tanto, de llevar a cabo la evangelización. De ello da buena cuenta la introducción de la constitución de la Iglesia en el mundo. El Concilio Vaticano II trabajó «con el deseo de anunciar a todos cómo entiende la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo actual». La Iglesia quiere estar al servicio del hombre, pues se sabe solidaria y servidora del género humano y de su historia. Releamos unas palabras de la introducción de la constitución de la Iglesia en el mundo:

«Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia».

«Al proclamar el Concilio la altísima vocación del hombre y la divina semilla que en éste se oculta, ofrece al género humano la sincera colaboración de la Iglesia para lograr la fraternidad universal que responda a esa vocación. No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido». (GS 1-3)

Pues bien, los Institutos Seculares, para contribuir a la misión de la Iglesia en el mundo de acuerdo con esta perspectiva, debemos plantearnos cómo vivir aquí y ahora la bienaventuranza de los que lloran y ríen, a fin de «continuar, bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo». En esta perspectiva, indico unos puntos sencillos.

1.- Vivir la alegría de la fe en medio de las pruebas

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesucristo, que, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha regenerado para una esperanza viva; para una herencia incorruptible, intachable e inmarcesible, reservada en el cielo a vosotros, que, mediante la fe, estáis protegidos con la fuerza de Dios; para una salvación dispuesta a revelarse en el momento final. Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe: la salvación de vuestras almas. (1P 1, 3-9)

La alegría de la fe es posible vivirla en todo momento, incluso en medio de las pruebas. Para ello es necesario *caminar con los ojos fijos en Cristo crucificado, resucitado de entre los muertos*. Él es nuestra paz y esperanza viva que ya se nos ha dado. Se trata, por tanto, de la alegría de la fe, cuya meta es la salvación y no un simple consuelo psicológico y pasajero.

Preguntémosnos: ¿cómo en los encuentros de los equipos y comunidades nos ayudamos a vivir la alegría de la fe? ¿Cómo en la oración y contemplación cultivamos la paz y alegría del Señor? Si estamos «*protegidos con la fuerza de Dios*», como dice el apóstol, esto es, con la fuerza que Dios desplegó al resucitar a Jesús de entre los muertos (cf. Ef 1, 15-2, 10; Col 2, 1-3, 17), también nosotros podremos proseguir, con la alegría del Espíritu, la obra de Dios en el mundo, a pesar de las oposiciones que sentimos en el día a día.

La alegría de la fe permite afrontar, con serenidad, fortaleza y esperanza viva, las pruebas y situaciones adversas a los ojos de la razón. La Iglesia, si quiere evangelizar, ni puede ser ingenua ni vivir lamentándose. Ella es portadora de la buena nueva del reinado de Dios. El Señor consolaba a los que lloraban, dando gracias al Padre y mostrándoles el camino de la vida y la paz (cf. Lc 1, 79; 2, 14.29; 19, 38.42).

Pablo narra cómo experimentaba el consuelo del Señor, el consuelo de la fe, y así podía consolar a sus atribuladas comunidades. No confundamos el consuelo de Dios y la sensibilidad con la que actuamos en ocasiones. Se trata de poner nuestra confianza en Dios y no en nosotros.

¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación nuestra hasta el punto de poder consolar nosotros a los demás en cualquier lucha, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios! Porque lo mismo que abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, abunda también nuestro consuelo gracias a Cristo. De hecho, si pasamos tribulaciones, es para vuestro consuelo y salvación; si somos consolados, es para vuestro consuelo, que os da la capacidad de aguantar los mismos sufrimientos que padecemos nosotros. Nuestra esperanza respecto de vosotros es firme, pues sabemos que si compartís los sufrimientos, también compartiréis el consuelo.

Pues no queremos que ignoréis que la tribulación que nos sobrevino en Asia nos abrumó tan por encima de nuestras fuerzas que perdimos toda esperanza de vivir. Pues hemos tenido sobre nosotros la sentencia de muerte, para que no confiemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; el cual nos libró y nos libraré de esas muertes terribles; y esperamos que nos seguirá librando, si vosotros cooperáis pidiendo por nosotros; así, viniendo de muchos el favor que Dios nos haga, también serán muchos los que le den gracias por causa nuestra. (2Cor 1, 3-11)

2.- Solidaridad y comunión con los que lloran hoy

La solidaridad y comunión con los que hoy lloran no puede reducirse a prestar una simple ayuda. No digo que no haya que ayudar, pero no se puede reducir a una ayuda transitoria. El misterio de la encarnación no fue una simple ayuda a la humanidad. Jesús hizo suya la situación de la carne. Por eso lloró ante la ciudad que no acogía la visita de Dios. No se trata de imponerse, La solidaridad y comunión exigen compartir el camino del hombre, a fin que desarrolle su verdadera vocación en el mundo. Jesús dijo: «¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se arruina a sí mismo?» (Lc 9, 25)

Hay que aprender a recibir los bienes y males de Dios, si se quiere cultivar la semilla divina que él ha depositado en todo hombre y mujer. Jesús sigue llorando con los que lloran y sigue alegrándose con los que se alegran. El creyente no puede ser insensible o indiferente ante el que llora ni ante el que ríe; pero no debemos cultivar falsos consuelos ni falsas expectativas. Jesús prometió a los suyos el don del Espíritu Santo, para que fueran sus

testigos en el mundo entero; pero les alertó que su misión se desarrollaría entre pruebas. El trigo y la cizaña crecerán en el campo del Señor hasta el final de los días.

Los miembros de los Institutos Seculares debemos ahondar en cómo estamos viviendo la solidaridad y comunión con los que hoy lloran, para que aprendan a reír hoy y mañana. No hagamos verdadero con nuestra manera de actuar el refrán popular: «Pan para hoy y hambre para mañana». Y esto sucede cuando no cultivamos de verdad la semilla divina que Dios ha depositado en todo hombre y mujer, como recordó el Vaticano II. Formemos personas recias, esto es, enraizadas en la palabra de Dios y no en el simple sentimiento religioso.

3.- Contagiar la alegría del Evangelio

En el mundo y a través de la estructuras del mundo, los Institutos Seculares estamos llamados a evangelizar. La evangelización por contagio siempre es posible. Quien vive con gozosa esperanza la realidad concreta, no pasa desapercibido de los hermanos de camino. Y llegará el momento en que pueda dar razón de su esperanza y alegría. Acojamos, una vez más, las palabras que Pablo dirigía a la comunidad de Filipo.

Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca. Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. Finalmente, hermanos, todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta. Lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis, visteis en mí, ponédlo por obra. Y el Dios de la paz estará con vosotros. (Flp 4, 4-9)

En nuestros lugares de trabajo y comunidades eclesiales no dejemos de contagiar la alegría del Espíritu, la alegría de los tiempos mesiánicos. Esto siempre es posible con nuestra manera de servir, hablar, orar, guardar silencio y estar.

4.- El anuncio del Evangelio camino de alegría plenamente

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo. (1Jn 1, 1-4)

San Agustín recordó: "La alegría completa es la que se encuentra en la misma comunión, la misma caridad, la misma unidad..." La misión, como es sabido, lleva consigo no pocas pruebas y dificultades; pero la alegría es completa cuando habiendo conocido al Señor lo damos a conocer. La carta a los colosenses lo recuerda con palabras muy significativas: "fortalecidos plenamente según el poder de su gloria para soportar todo con paciencia y magnanimidad, con alegría, dando gracias a Dios por que os ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz..." (Col 1, 11-13; 1, 24-2, 15) Y podemos concluir estas reflexiones con unas palabras muy significativas de Benedicto XVI: « Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él ».